

O t r o s   c a s t i l l o s   y   t o r r e o n e s

Varios años despues de terminada la construcción de los castillos de El Morro y La Punta, y con motivo de la visita que por orden de S.M. hicieron a Cuba en 1633 el capitán general marqués de Cadereyta y el almirante Carlos de Ibarra para inspeccionar el estado en que se encontraban aquellas dos fortalezas y la de La Fuerza, éstos, en el estudio que con otros oficiales de la plaza realizaron, creyeron conveniente recomendar, además de obras de reparación en dichos castillos, la construcción de dos torreones en las bocas, respectivamente, de la Chorrera y Cojímar, que sirvieran para impedir que por esos lugares estratégicos se realizaran desembarque de enemigos que pudieran internarse de tal manera en la ciudad, sorprendiendo a sus moradores y defensores y sin que resultaran efectivos hasta esos sitios los fuegos de La Fuerza, La Punta y El Morro.

Regulado, según Arrate, el costo de los torreones en veinte mil ducados, no se empezó su construcción hasta 1646, costeándolos de su peculio los vecinos de esos lugares, lo que, como es natural, agradeció S. M. extraordinariamente.

El torreón de Cojímar, levantado sobre la playa de este nombre, a 500 varas al Este de El Morro y a 200 del caserío de aquel nombre, es, según Pezuela, un cuadrado que mide 26 varas en sus cuatro lados, por trece de altura, tenía emplazamiento de tres cañones y servicio de 18 hombres. Fué reparado en 1861.

El torreón de la Chorrera resultó casi totalmente destruido en 1762 por la artillería de unos barcos ingleses que fondearon a hacer

aguada en la desembocadura del Almendares, a pesar de la heroica defensa de don Luis de Aguiar. Fué entonces reconstruido en forma de rectángulo abaluartado, con dos pisos. En su batería acasamatada que da al mar, tenía cuatro piezas de grueso calibre y en la azotea dos cañoneras con emplazamiento a barbata. Su destacamento era de 28 hombres.

Como consecuencia de la toma de La Habana por los ingleses en 1762 se palpó la necesidad, para tener resguardadas y defendidas las comunicaciones de la plaza con los campos vecinos, de fortificar la Loma de Soto que domina al fondo de la bahía. Al efecto, después de varias obras provisionales y urgentes, se acometió la construcción, que duró de 1763 a 67, por el ingeniero belga, Agustín Cramer, del Castillo de Atarés, cuyo nombre debe al Conde de Riela, promotor de las obras. El terreno lo cedió su dueño, Agustín de Sotolongo. Es un exágono irregular, con foso y camino cubierto, cuartel interior, algibe, almacenes y oficinas. En 1863, después de reparado dos años antes, contaba con 90 hombres de tropa y 26 piezas de artillería, algunas de ellas rayadas.

Todavía se notaban otras deficiencias en la defensa de La Habana, que el sitio de los ingleses puso de relieve, y entre ellas la insuficiencia del Torreón de la Chorrera para evitar el desembarco por este sitio, único en el cual se proveyeron aquellos de agua potable, y además, según Pezuela, la urgencia de "cubrir los aproches de la plaza por la parte más expuesta, y proteger a las tropas que hubieren de oponerse a un desembarco más fácil y probable, por aquel que por ningún otro puesto de la costa inmediata a La Habana". Para solucionar ambos peligros, evitándolos, se encargó al ingeniero Cramer la fortificación de la loma de Aróstegui, que per-

tenció a Don Agustín Aróstegui Loynaz. Utilizó aquel los diseños que había hecho el ingeniero Silvestre Abarca, empezándose las obras en 1767, no terminándose por completo hasta después de 1779 y por el brigadier Luis Huet que modificó los planos de Abarca.

Tiene este Castillo del Príncipe la forma de un pentágono irregular con dos baluartes, dos semibaluartes y un rediente, grandes fosos, galería aspillerada, camino abierto, rebellines y galería de minas, almacenes, oficinas, algibe y vastos alojamientos para su guarnición que solía ser de 900 hombres. Su artillería era de 60 piezas de todos calibres.

Después del advenimiento de la República han sido demolidas las baterías de San Lázaro, San Nazario, Santa Clara y del Cerro de las Animas.

Sólo queda en pié como "eronicón de piedra", según lo llamó en uno de sus tradiciones habaneras Alvaro de la Iglesia, el torreón de San Lázaro, construido más que para defensa, a manera de atalaya, sobre los arrecifes al Oeste de la Caleta que le da nombre, en la cual, según refiere José A. Treserra, "se apostaban los vigías y sus construcción bastante fuerte les protegía al mismo tiempo para resistir cualquier ataque, a la vez que su altura les permitía hacer señales de peligro que podían ser vistas desde la población, sin tener que marchar hasta ella, para dar el aviso de barco enemigo a la vista", aunque el refererido historiador, después de acuciosa investigación, no ha podido fijar la fecha en que fué edificado, inclinándose a opinar que es coetáneo de las Murallas, pudiendo haber sido fabricado a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII.